I

I saw a film today, oh boy...

The Beatles

Aunque entusiastas y detractores seguirán vaciando diccionarios enteros en sus intentos de describirla o de ridiculizarla, "autenticidad" sigue siendo la palabra con mayor potencial para suscitar debate. De hecho, esa obsesión central –validar o invalidar los rollos de película y las cintas– hace emerger de forma invariable una preocupación colateral y más general: la cuestión de si, con la llegada de la tecnología digital, la imagen ha perdido o no su otrora irrefutable posesión de la verdad.[1]

En su mayoría, los escépticos afirman que todo el asunto es un fraude, aunque admiten a regañadientes que *El expediente Navidson* es un fraude de calidad excepcional. Por desgracia, muchos de los que aceptan su validez también son incondicionales de los avistamientos de OVNIs que aparecen en la prensa sensacionalista. Está claro que no es fácil mantener la credibilidad si justo después de dar fe de la veracidad de la película, el discurso lleva inmediatamente a por qué Elvis sigue vivo y probablemente pasa los inviernos en los Cayos de Florida.[2] Una cosa sigue resultando evidente: cualquier controversia acerca de las filmaciones que hizo Billy Meyer de platillos volantes[3] ha sido reemplazada por la casa de Ash Tree Lane.

Aunque muchos continúan dedicando un tiempo y una energía importantes a antinomias tales como hechos o ficción, representación o artificio, documento o broma, en los últimos tiempos el material más interesante que se ha publicado trata exclusivamente de la interpretación de los acontecimientos internos de la película. Esta dirección parece más prometedora, por mucho que la casa en sí, igual que el coloso de Melville, continúe resistiéndose a toda interpretación.

De forma más o menos similar al tema que trata, la entidad de *El expediente Navidson* como historia también es de difícil clasificación, ya sea por medio de categorías o de interpretaciones. Por mucho que finalmente se catalogue como cuento gótico, mito urbano contemporáneo o simplemente historia de fantasmas, tal como lo han llamado algunos, tarde o temprano el documental volverá a rebasar los límites de cualquiera de esos géneros. *El expediente Navidson* tiene demasiados elementos que saltan esas fronteras. Allá donde uno espera el terror, lo sobrenatural o los paroxismos tradicionales del miedo y el temor, lo que descubrirá será una tristeza inquietante, una secuencia sobre los isótopos radiactivos o incluso las risas que provoca un episodio de *Los Simpson*.

En el siglo XVII, el topógrafo más grande de los mundos satánico y divino que ha tenido nunca Inglaterra avisó de que el infierno no era nada menos que "regiones

[1] Una cuestión que se trata con mayor detenimiento en el capítulo IX.

[2] Véase "Resurrection on Ash Tree Lane: Elvis, Christmas Past and Other Non-Entities", de Daniel Bowler, publicado en *The House* (Little Brown, Nueva York, 1995), pp. 167-244, que examina la contradicción inherente a toda declaración que alegue tanto la resurrección como la existencia de dicho lugar.

[3] O sin ir más lejos, las "Hadas de Cottingley", la fotografía Kirlian, la escotografía de Ted Serios o la fotografía de los soldados muertos en la Guerra de Secesión que realizó Alexander Gardner.

01 Navidson pags 1-7_13p.indd 3 29/11/13 17:25

de pesares, oscuridad dolorosa, en donde la paz y el reposo / no pueden habitar jamás, en donde ni siquiera penetra la esperanza", haciéndose eco de las palabras transcritas por el turista más famoso del infierno: "*Dinanzi a me non fuor cose create / Se non etterne, e io etterna duro. / Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*".[4]

Incluso todavía hoy mucha gente sigue pensando que *El expediente Navidson*, a pesar de todas sus sutilezas existenciales y alusiones contemporáneas, refleja exactamente esos mismos sentimientos. De hecho, unos cuantos intelectuales entusiastas ya han empezado a tratar la película como una advertencia en sí misma, perfectamente adecuada para colgarla entera encima de las puertas de facultades como las de arquitectura, post-postmodernismo, consecuencialismo, neo-plasticismo, fenomenología, teoría de la información, marxismo y biosemiótica, por no hablar de la psicología, la medicina, la espiritualidad New Age, el arte y hasta el neo-minimalismo. Will Navidson, sin embargo, insiste contra viento y marea en que hay que entender su documental de forma literal. Tal como él mismo dice: "[…] todo hay que entenderlo como lo que dice y nada más. Y si un día pasan ustedes frente a esa casa, no se paren, no aminoren la marcha, limítense a seguir andando. Allí no hay nada. Están avisados".

Teniendo en cuenta cómo termina la película, no es de extrañar que sean bastantes los que hayan decidido seguir su consejo.

El expediente Navidson no siempre tuvo la forma que tiene hoy en día. Lo primero que salió a la luz, hace casi siete años, fue "El pasillo de los cinco minutos y medio", una ilusión óptica de cinco minutos y medio que apenas excedía las habilidades de cualquier licenciado en cinematografía de la NYU. El problema, por supuesto, era la declaración que la acompañaba y que afirmaba que era todo verdad.

En un solo plano secuencia, Navidson, a quien nunca llegamos a ver, enfoca momentáneamente una puerta situada en la pared norte de su sala de estar, antes de salir de la casa por una ventana situada justo al este de dicha puerta, donde tropieza un poco con un lecho de flores, redirige la cámara del suelo a los plafones blancos del exterior, a continuación se desplaza a la derecha y se vuelve a meter en la casa por una segunda ventana, ésta situada al oeste de la puerta, donde lo oímos soltar un gruñido de dolor cuando se da con la cabeza en la repisa, provocando las risitas de los presentes en la estancia, presumiblemente Karen, su hermano Tom y su amigo Billy Reston –aunque, igual que Navidson, ninguno de éstos aparece en el plano–, antes de devolvernos una vez más al punto de partida, rodeando del todo la puerta de esa manera y demostrando así, sin sombra de duda, que esa puerta no puede llevar a otro sitio que no sea al aislamiento térmico o cámara de aire, y es aquí donde todas las risas se cortan de golpe, porque entonces la mano de Navidson aparece en el plano y abre la puerta, revelando un pasillo negro y estrecho de por lo menos tres metros de largo, y eso lleva a Navidson a investigar de nuevo, ejecutando una nueva circunnavegación del extraño pasillo, saliendo y entrando por las ventanas y enfocando con la cámara el lugar donde debería extenderse el pasillo y sin embargo no hay nada más que jardín: ninguna protuberancia de tres metros, sólo rosales, una pistola de dardos manchada de barro y el aire traslúcido del verano; en esencia, un ejercicio de escepticismo que pese a sus mejores intenciones vuelve a llevar a Navidson al interior y al pasillo imposible,

[4] La primera cita es del Paraíso perdido de Milton, Libro I, versos 65-67. La segunda es del Infierno de Dante, Canto III, versos 7-9. En 1939, un tipo llamado John D. Sinclair, de la Oxford University Press, lo tradujo del italiano tal como sigue: "Antes de mí no existía más creación que las cosas eternas, y también yo soy eterno. Abandonad toda esperanza los que entráis".[5]

[5] A fin de evitar confusiones, las notas a pie de página del señor Truant aparecerán en fuente Courier, mientras que las de Zampanò se reproducirán en Times. También queremos señalar aquí que no conocemos personalmente al señor Truant. Todas las cuestiones relacionadas con la publicación fueron tratadas por carta o, en muy pocos casos, por teléfono. (N. de los Ed.)

01 Navidson pags 1-7_13p.indd 4 29/11/13 17:25

hasta que la cámara comienza a acercarse mucho, amenazando esta vez con entrar en él, y la voz de Karen dice en tono cortante: "Ni se te ocurra entrar ahí otra vez, Navy". A lo cual Tom añade: "Sí, no es muy buena idea". Y eso detiene a Navidson en el umbral, aunque no le impide introducir la mano, para retirarla al cabo de un momento y examinarla, como si solamente con la vista pudiera notar algo más; a continuación Reston le pregunta si nota algo distinto y es entonces cuando Navidson le da la escueta respuesta que también sirve como abrupta conclusión a este estrambótico cortometraje: "Ahí dentro hace un frío que pela".

La difusión de "El pasillo de cinco minutos y medio" pareció estar motivada únicamente por la curiosidad. Nadie lo distribuyó de forma oficial, de manera que nunca apareció en festivales de cortos ni en circuitos comerciales. Fueron copias en VHS las que circularon de mano en mano, una serie de copias de calidad cada vez menor de una grabación casera que revelaba una casa verdaderamente extraña sin dar apenas detalles de sus propietarios ni del autor de la filmación.

Menos de un año más tarde salió a la luz otro corto. Éste fue todavía mucho más buscado que "El pasillo de los cinco minutos y medio", y hasta provocó algunas indagaciones fervientes tanto de Navidson como de la casa en sí, todas las cuales, por una razón u otra, fracasaron. A diferencia del primero, este corto no era un plano secuencia, lo cual llevó a muchos a especular con la posibilidad de que los ocho minutos que duraba "Exploración n.º 4" fueran en realidad fragmentos de algo mucho más extenso.

La estructura de "Exploración n.º 4" es tremendamente discontinua, discordante y, como lo prueban los diversos cortes defectuosos, apresurada. El primer plano coge a Navidson en mitad de una frase. Está cansado, deprimido y pálido.

—… días, creo. Y yo… no sé. —Bebe algo, no está claro qué—. La verdad es que me gustaría quemarla. Pero tengo la cabeza un poco espesa. —Se ríe—. Y ahora… esto.

El siguiente plano salta a Karen y Tom discutiendo sobre si deben o no "entrar detrás de él". En este momento sigue sin estar claro a quién se refieren.

Hay varios planos más.

Árboles en invierno.

Sangre en el suelo de la cocina.

Un plano de una niña (Daisy) que llora.

Y luego de vuelta a Navidson:

—Nada más que esta cinta, que he visto mil veces, ya parece más un recuerdo que otra cosa. Y sigo sin saberlo. ¿Tenía razón o simplemente se le iba la cabeza?

Siguen otros tres planos.

Pasillos a oscuras.

Habitaciones sin ventanas.

Escaleras.

Y luego una voz nueva:

—Estoy perdido. Se me ha acabado la comida. Apenas me queda agua. Estoy desorientado. Oh, Dios… —El que habla es un tipo con barba, de espaldas anchas y mirada frenética. Habla rápidamente y hasta parece que resuella—. Holloway Roberts. Nacido en Menomonie, Wisconsin. Licenciado por la Universidad de Massachusetts. Aquí hay algo. Algo que me sigue. No, que me persigue. Lleva días persiguiéndome, pero por alguna razón no me ataca. Está esperando, esperando algo. No sé el qué. Holloway Roberts. Menomonie, Wisconsin. No estoy solo aquí. No estoy solo.

Y esa frase concluye ese extraño resumen que, tal como reveló más tarde la publicación de *El expediente Navidson*, era piadosamente incompleto.

Y luego nada más durante dos años. Casi ninguna pista de quiénes eran aquellas personas, aunque al final una serie de fotógrafos del sector de informativos terminó re-

01 Navidson pags 1-7_13p.indd 5 29/11/13 17:25

conociendo al autor como nada menos que Will Navidson, el mismo fotoperiodista que había obtenido el Pulitzer por su fotografía de una niña agonizante en Sudán. Por desgracia, aquel descubrimiento únicamente generó unos cuantos meses de especulación acalorada antes de que el interés se agotara, en ausencia de corroboración por parte de la prensa, de datos sobre la ubicación de la casa o de comentario alguno por parte del propio Navidson. La mayoría se limitó a descartarlo como una especie de broma extraña, o bien, por culpa de lo estrafalario de su concepto, como el aberrante avistamiento de un OVNI. Pese a todo, las copias cada vez más deterioradas siguieron circulando y en ciertos círculos académicos de moda se inició un debate: ¿Acaso los cortos trataban de una casa encantada? ¿Qué había querido decir Holloway con lo de "perdido"? Y ¿cómo podía alguien pasarse días perdido en una casa? Además, ¿por qué alguien con las credenciales de Navidson iba a crear dos cortos tan extraños como aquéllos? Y nuevamente, ¿se trataba de un artificio o era real?

Está claro que buena parte del debate se sostenía gracias a cierto elitismo cultural del de toda la vida. Quienes hablaban de las obras de Navidson lo hacían porque habían tenido la suerte de verlas. Lee Sinclair sospecha que lo más seguro es que la mayoría de los profesores, estudiantes, artistas del SoHo y cineastas de vanguardia que hablaron –y hasta escribieron– con tanto conocimiento de causa sobre las cintas, no hubieran visto ni un solo fotograma de ellas: "Porque, en última instancia, no existían tantas copias".[6]

Aunque "El pasillo de los cinco minutos y medio" y "Exploración n.º 4" se han denominado respectivamente un avance y un "tráiler", también son, por derecho propio, momentos cinematográficos peculiares. En un nivel puramente simbólico, presentan un potencial enorme para el análisis: la compresión del espacio, el poder de la imaginación para descomprimir ese espacio, la casa como tropo de lo ilimitado y lo incognoscible, etc., etc. En su vertiente estrictamente visceral, proporcionan numerosos elementos asombrosos y curiosidades. Sin embargo, el aspecto más desconcertante de ambas piezas es su capacidad para convencernos de que todo lo mostrado sucedió en realidad, algo que puede atribuirse en parte a los elementos verificables (Holloway Roberts, Will Navidson y demás), pero que en su mayoría hay que achacar a la austeridad de la producción, la ausencia de maquillaje, pistas de sonido costosas o planos con grúa. Salvo el encuadre, la edición y en algunos casos los subtítulos,[7] prácticamente no hay espacio para la intrusión creativa.

¿Quién habría sospechado que casi tres años después de que "El pasillo de los cinco minutos y medio" empezara a circular en VHS, Miramax publicaría *El expediente Navidson* sin hacer mucho ruido y con pocas copias, y casi de inmediato conseguiría inquietar a todos los públicos? Desde el estreno en Nueva York y Los Ángeles, en abril de hará tres años,[8] ha habido pases de *El expediente Navidson* por todo el país, y aunque no puede decirse que haya sido un taquillazo, la película continúa generando interés e ingresos. Aparecen con asiduidad reseñas, críticas y cartas en revistas de cine. Se publican con cierta regularidad libros enteros dedicados a ella. Numerosos profesores universitarios han puesto *El expediente Navidson* como visionado obligatorio en sus seminarios, al tiempo que muchas universidades ya aseguran que docenas de estudiantes de todo tipo de departamentos han completado tesis doctorales sobre la película. Se encuentran con frecuencia comentarios y referencias en *Harper's*, en *The New Yorker*, *Esquire*, *American Heritage*, *Vanity Fair* y *Spin*, además de en los magacines nocturnos de televisión. En el extranjero el interés es igualmente intenso. Japón, Francia y Noruega han reaccionado con galardones, pero hasta el momento el

[6] "Degenerate", de Lee Sinclair, publicado en *Twentieth Century Dub, Dub*, editado por Tony Ross (CCD Zeuxis Press, Nueva York, 1994), pp. 57-91.

[7] Posiblemente interpretativos, sobre todo en el caso del farfulleo incomprensible de Holloway, cuyos mismos subtítulos figuran como onomatopeyas ininteligibles o simples interrogantes.

[8] Esto es, 1993.

01 Navidson pags 1-7_13p.indd 6 29/11/13 17:25

espectral Navidson todavía no ha aparecido, no hablemos ya de ir a recogerlos. Hasta los parlanchines hermanos Weinstein muestran una reticencia nada habitual hacia la película y su creador.

La revista *Interview* citó una declaración de Harvey Weinstein en la que decía: "Es lo que es".[9]

El expediente Navidson ya ha pasado a formar parte de la experiencia cultural de este país, y sin embargo, a pesar de que lo han visto cientos de miles de personas, continúa siendo un enigma. Algunos insisten en que tiene que ser verdadera y otros creen que es un truco a la altura del clásico divertimiento radiofónico de Orson Welles, *La guerra de los mundos*. A otros les trae sin cuidado y afirman que en cualquiera de los casos *El expediente Navidson* es una muy buena historia. Y hay muchos más que siguen sin haber oído hablar nunca de ella.

En la actualidad, y sin perspectiva alguna de que se produzca ninguna clase de resolución o revelación posterior a su publicación, la película de Navidson parece destinada a convertirse en el mejor de los casos en obra de culto. El mero hecho de que es una buena historia le garantiza una cuota decente de popularidad en los años venideros, pero su extrañeza intrínseca la aleja para siempre de cualquier interés masivo.

[9] "Home Front", de Mirjana Gortchakova, en *Gentelman´s Quarterly*, v. 65, octubre de 1995, p. 224.

01 Navidson pags 1-7_13p.indd 7 29/11/13 17:25

II

Por más que las obras de los genios apunten en direcciones equivocadas, casi siempre terminan revirtiendo en grandes beneficios para la humanidad.

Mary Shelley

En realidad *El expediente Navidson* contiene dos películas: la que hizo Navidson, que es la que todo el mundo recuerda, y la que se propuso hacer, que muy poca gente llega a detectar nunca. Aunque fácilmente eclipsadas por la versión final de la película, las intenciones originales del director proporcionan un contexto original en el que contemplar más tarde las peculiares propiedades de la casa.

En muchos sentidos, la secuencia inicial de *El expediente Navidson*, filmada en abril de 1990, sigue siendo una de las más inquietantes de la película, puesto que se niega a sí misma de forma eficacísima incluso la más pequeña premonición de lo que pronto va a tener lugar en Ash Tree Lane.

Ni una sola vez durante esos minutos iniciales da Navidson señales de saber nada de la inminente pesadilla a la que él y su familia están a punto de enfrentarse. Es completamente inocente, y la naturaleza de la casa, al menos durante un tiempo, queda fuera del alcance de su imaginación, no digamos ya de sus sospechas.

Por supuesto, no todo el mundo está de acuerdo con esta afirmación. El doctor Isaiah Rosen cree que "Navidson es un fraude desde el primer fotograma y su fingimiento inicial pone en jaque la obra entera".[10] Rosen da por sentado que el comienzo no es más que un simple caso de "mala interpretación" por parte de un hombre que ya ha concebido el resto de la película. Esta premisa lleva a Rosen a infravalorar en gran medida la importancia de las intenciones iniciales de Navidson.

Muy a menudo, los grandes descubrimientos son el resultado no intencionado de experimentos o exploraciones destinados a obtener unos resultados completamente distintos. En el caso de Navidson, es imposible pasar por alto su meta inicial, sobre todo debido al hecho de que actuó como progenitora o por lo menos como "origen aproximado" de todo lo que siguió. Los planteamientos de Rosen[11] lo llevan a menospreciar la causa en beneficio del resultado, perdiendo así de vista la relación compleja y gratificante que existe entre ambos.

"Tiene gracia —nos dice Navidson en el arranque—. Solamente quiero dejar constancia de cómo Karen y yo compramos una casita en el campo y nos mudamos a ella con los niños. Un poco para ver cómo va todo. Nada de disparos ni hambre ni moscas. Solamente montones de pasta de dientes, jardinería y cosas sociales. Que es como conseguí la Beca Guggenheim y la del NEA para artistas audiovisuales. Tal vez por mi pasado la gente espera algo distinto, pero mi idea es simplemente ver cómo la

[10] Dr. Isaiah Rosen, *Flawed Performances: A Consideration of the Actors in the Navidson Opus* (Baltimore: Eddie Hapax Press, 1995), p. 73.

[11] No es la primera vez y desde luego tampoco la última que Zampanò sugiere que El expediente Navidson existe.

02 Navidson pags 8-18_10p.indd 2 24/09/13 17:48

gente se muda a un sitio y empieza a habitarlo. El mero hecho de asentarse, tal vez echar raíces, interactuar y con suerte entenderse un poco mejor los unos a los otros. Personalmente, lo único que quiero es crear un pequeño reducto de comodidad para mí y mi familia. Un sitio donde beber limonada en el porche y disfrutar de la puesta de sol."

Que es casi literalmente como empieza *El expediente Navidson*: Will Navidson se relaja en el porche de su casita de estilo antiguo, disfrutando de un vaso de limonada mientras contempla cómo el sol tiñe de dorado los primeros minutos del día. Pese a la afirmación de Rosen, no hay nada en él que parezca particularmente impostado o falso. Tampoco parece que esté actuando. De hecho, es un hombre desconcertantemente agradable, esbelto, atractivo, que transita parsiomoniosamente por la cuarentena,[12] decidido a asentarse y explorar el lado más tranquilo de la vida de una vez por todas.

Por lo menos de entrada lo consigue, y hasta llega a proporcionarnos una serie de vislumbres prístinos de la campiña de Virginia, del vecindario rural y de las colinas violáceas surgidas del margen mismo de la noche; no tarda en dejar atrás estos planos de situación para centrarse en el proceso en sí de mudarse a la casa, desenrollar alfombras orientales de color azul claro, colocar y recolocar muebles, abrir cajas, cambiar bombillas y colgar cuadros, incluyendo una de sus fotografías galardonadas. En este sentido, Navidson no solamente revela cómo se ocupa cada habitación, sino cómo todo el mundo contribuye aplicando su textura personal.

En un momento dado, Navidson hace una pausa para entrevistar a sus hijos. Se trata de unos planos impecablemente compuestos. El niño y la niña bañados por la luz del sol. Sus caras cálidamente iluminadas y enmarcadas por un fresco telón de árboles y hierba verde.

A su hija de cinco años, Daisy, le gusta su casa nueva.

—Es un sitio muy bonito —dice con una risita tímida, aunque no tanto como para no señalar la ausencia de tiendas como "Bloomydales".

Chad, que tiene tres años más que Daisy, se muestra un poco más cohibido, casi grave. A menudo su respuesta ha sido malinterpretada por los que ya conocen el final de la película. Es importante señalar, sin embargo, que en este momento Chad no tiene ni idea de lo que el futuro les depara. Se está limitando a manifestar unos miedos que son naturales en un chaval de su edad que acaba de ser sacado bruscamente de la ciudad y depositado en un entorno completamente distinto.

Por lo que le dice a su padre, lo que más echa de menos es el ruido del tráfico. Al parecer, el ruido que hacían los camiones y los taxis creaba para él una especie de nana vespertina. Ahora hay tanto silencio que le cuesta dormirse.

—¿Qué me dices del ruido de los grillos? —le pregunta Navidson.

Chad niega con la cabeza.

—No es lo mismo. No lo sé. A veces no hay más que silencio… No se oye nada de nada.

—¿Y eso te da miedo?

Chad asiente con la cabeza.

—¿Por qué? —le pregunta su padre.

—Parece que haya algo esperando.

—¿El qué?

Chad se encoge de hombros.

—No lo sé, papá. Me gusta el ruido del tráfico y ya está.[13]

---

[12] En su artículo "Years of Those", pubicado en *The New Republic*, v. 213, 20 de noviembre de 1995, pp. 33-39, Helmut Kereincrazch establece que Navidson tiene cuarenta y ocho años.

[13] La cuestión de las largas descripciones narrativas en lo que supuestamente es una exégesis crítica se trata en la nota al pie n.º 67, en el capítulo 5. (N. de los Ed.)

02 Navidson pags 8-18_10p.indd 3 24/09/13 17:48

Por supuesto, la visión bucólica que ofrece Navidson de la mudanza de su familia no consigue reflejar la fuerza motriz mucho más compleja y significativa que hay detrás de su proyecto, que no es otra que el hundimiento de su relación con su compañera de toda la vida, Karen Green. Aunque a los dos les había parecido igual de bien no casarse, los constantes trabajos de Navidson en el extranjero han provocado una alienación cada vez mayor entre ellos y una serie indecible de dificultades en la relación. Después de casi once años de ausencias constantes y retornos breves, Karen le ha dejado claro a Navidson que tiene que o bien renunciar a sus hábitos profesionales, o bien perder a su familia. Incapaz en última instancia de tomar una decisión al respecto, lo que hace él es buscar un punto medio convirtiendo la reconciliación en un tema de documental.

Nada de todo esto, sin embargo, resulta aparente de forma inmediata. De hecho, hay que olvidarse voluntariamente de las secuencias más emotivas que vendrán más adelante si queremos detectar las sutiles valencias que operan entre Will y Karen; o tal como lo explica Donna York, "la forma en que hablan entre ellos, la forma en que se cuidan entre ellos, y por supuesto la forma en que no lo hacen".[14]

Averiguamos que Navidson empieza su proyecto instalando una serie de cámaras de Hi 8 por la casa y equipándolas con detectores de movimiento para que se enciendan o se apaguen cada vez que alguien entra o sale de la habitación. Con la excepción de los tres cuartos de baño, hay cámaras en cada rincón de la casa. Navidson también tiene siempre a mano dos Arriflex de 16 mm y su batería habitual de cámaras de 35 mm.

No obstante, tal y como sabe todo el mundo, el proyecto de Navidson es bastante tosco. Nada que ver, por ejemplo, con la mirada constante de los sistemas de circuito cerrado que se instalan habitualmente en las sucursales bancarias ni con el lujoso equipamiento y los múltiples operadores de cámara que se necesitan para hacer el programa *Real World* de la MTV. Toda la obra parecería, en el mejor de los casos, una simple película doméstica de no ser por el hecho de que Navidson es un fotógrafo con un talento excepcional que entiende que dos centésimas de segundo pueden producir una imagen más valiosa que veinticuatro horas de filmación continua. No le interesa mostrar toda la cobertura ni intentar captar ninguna clase de visión católica o mítica de ninguna otra clase. En cambio, lo que hace es buscar momentos, perlas de concreción, una llamada telefónica inesperada, una carcajada, algún fragmento de conversación que pueda arrancarnos una chispa emocional o tal vez un poco de comprensión humana.

Bastante a menudo, los fragmentos casi exentos de palabras que elige Navidson revelan cosas a las que las explicaciones no pueden hacer plena justicia. Hay dos ejemplos de esto que me parecen especialmente sublimes, y como son cortos y fáciles de pasar por alto, vale la pena repetir aquí su contenido.

En el primero, vemos a Navidson subir las escaleras con una caja llena de pertenencias de Karen. El dormitorio de ambos sigue atiborrado de lámparas envueltas en plástico de burbujas y de bolsas de basura llenas de ropa. Las paredes están vacías. La cama no está hecha. Navidson encuentra sitio para dejar su carga encima de una cajonera. Ya está a punto de salir cuando un impulso invisible le hace detenerse. Saca de la caja el joyero de Karen, levanta la tapa de marfil labrada a mano y extrae la bandejita de dentro. Por desgracia, la cámara no capta lo que ve en el interior.

Cuando Karen entra cargada con una cesta llena de sábanas y fundas de almohada, Navidson ya ha pasado a fijarse en un viejo cepillo para el pelo que hay tirado al lado de unos frascos de colonia.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta ella de inmediato.

[14] "In Twain", de Donna York, en *Redbook*, v. 186, enero de 1996, p. 50.

02 Navidson pags 8-18_10p.indd 4 24/09/13 17:48

—Me gusta —dice él, sacando de las púas un puñado de pelos rubios de ella y tirándolos a la papelera.

—Dámelo —le ordena Karen—. ¿No ves que un día me quedaré calva y entonces te arrepentirás de haber tirado eso?

—No —responde Navidson con una sonrisa.

No es necesario detenerse aquí en las muchas maneras en las que estos escasos segundos demuestran lo mucho que Navidson valora a Karen,[15] salvo para resaltar cómo, pese a su sarcasmo y su aparente falta de interés por las cosas de ella, la escena representa exactamente lo contrario. Usando la imagen y un control exquisito de los cortes, lo que hace Navidson en la práctica es preservar los cabellos de ella, cuestionar su propio comportamiento y tal vez en algunos sentidos contradecir su negativa final, que tal como ha señalado Samuel T. Glade, puede ser una réplica tanto a "no ves que" como a "me quedaré calva" o a "te arrepentirás", o bien a las tres cosas.[16] Y todavía mejor, Navidson ha permitido que la acción y la sutileza de la composición representen los profundos sentimientos que hay en juego sin las molestias de una absurda voz en *off* ni una banda sonora manipuladora.

Siguiendo la misma estrategia, el segundo momento tampoco recurre a las explicaciones ni a los tramposos apuntes musicales. Navidson se limita a concentrarse en Karen Green. Antigua modelo de la Agencia Ford de Nueva York, Karen dejó la vida de las sesiones de fotos de moda en Milán y las mascaradas venecianas para criar a sus dos hijos. Teniendo en cuenta lo hermosa que aparece en las horribles cintas de Hi 8, no es de extrañar que los editores recurrieran a menudo a las instantáneas de sus labios carnosos, sus pómulos altos y sus ojos castaños para vender sus revistas.

Ya de entrada, Navidson le da a Karen una Hi 8 y le pide que la use como si fuera un diario personal. Las anotaciones de vídeo que hace ella —y que Navidson promete ver únicamente después del rodaje de la película y sólo si ella le da permiso— revelan a una mujer de treinta y siete años preocupada por dejar la ciudad, por envejecer, por mantener la línea y por ser feliz. Con todo, pese a su contenido puramente confesional, no es ninguna entrada de diario personal, sino más bien un momento desprevenido y captado por una de las Hi 8 de la casa, lo que demuestra la dependencia casi desconcertante que tiene Karen hacia Navidson.

Karen está sentada con Chad y con Daisy en la sala de estar. Los niños están enfrascados en una actividad que consiste en hacer velas y que requiere varios cartones vacíos de huevos, una docena de trozos largos de mecha, un cubo de escayola y un frasco lleno de pedazos de cera. Usando unas tijeras de mango rojo, Daisy se dedica a cortar las mechas en tres trozos de unos siete centímetros y luego meterlas en los huecos de la huevera, que a continuación Chad llena de una capa de escayola seguida de una capa de trocitos de cera. El resultado es una especie de vela de lo más pringoso, que no tarda en embadurnar por completo las manos de los niños. Karen le aparta el pelo de delante de los ojos a su hija para que no lo tenga que hacer ella y termina llenándole la cara de escayola. Y aunque Karen está ocupada evitando que Chad llene demasiado los moldes o que Daisy se haga daño con las tijeras, aun así no puede resistirse a mirar cada dos minutos por la ventana. El ruido de un camión que pasa le hace apartar la vista. Y aunque no se oiga nada, el peso de cada centenar de segundos siempre consigue que gire la cabeza.

---

[15] Véase "The Heart's Device", de Frances Leiderstahl, publicado en *Science*, v. 265, 5 de agosto de 1994, p. 741; "Jewelry Box, Perfume and Hair" de Joel Watkin, en *Mademoiselle*, v. 101, mayo de 1995, pp. 178-181; y también el artículo más irónico de Hardy Taintic, "Adult Letters and Family Jewels", *The American Scholar*, v. 65, primavera de 1996, pp. 219-241.

[16] "Omens & Signs", de Samuel T. Glade, publicado en *Notes From Tomorrow*, editado por Lisbeth Bailey (Tæma Essay Publications, Delaware, 1996).

02 Navidson pags 8-18_10p.indd 5 24/09/13 17:48

Aunque sin duda es una cuestión de opiniones, la mirada de Karen parece tan perdida como "cargada de amor y añoranza".[17] La incógnita queda despejada en parte cuando por fin el coche de Navidson se detiene delante de la casa. Karen apenas intenta refrenar su alivio. Se levanta de un salto de la mini factoría de velas y sale disparada de la habitación. Regresa al cabo de unos segundos, probablemente después de pensárselo mejor.

—Daisy, no uses las tijeras hasta que yo vuelva.

—¡Mamá! —chilla Daisy.

—Ya has oído lo que te he dicho. Chad, vigila a tu hermana.

—¡Mamá! —chilla Daisy, todavía más fuerte.

—Daisy, mamá también quiere que tú cuides de tu hermano.

Esto parece apaciguar a la niña, que se tranquiliza y se dedica a echar vistazos petulantes a Chad mientras sigue cortando trozos de mecha.

Por extraño que parezca, para cuando Karen se reúne con Navidson en el vestíbulo, ya ha conseguido enmascarar todas sus ganas de verlo. Su indiferencia resulta muy instructiva. En virtud de esa peculiar contradicción que sirve de tejido conectivo de tantas relaciones, se advierte que ella ama a Navidson en la misma medida en que no tiene espacio para él.

—Eh, el calentador de agua se ha estropeado —consigue decirle.

—¿Cuándo?

Ella acepta su breve beso.

—Supongo que anoche.[18]

---

[17] "100 Looks", de Max C. Garten, en *Vogue*, v. 185, octubre de 1995, p. 248.

[18] Esta mañana me he levantado para ducharme y adivinad qué ha pasado. Que no había agua caliente, joder. Un descubrimiento desagradable de narices cuando dependes de ese efecto despertador del agua, estando yo como estaba completamente deshidratado después de la larga noche de borrachera que nos pegamos anoche mi compañero de andanzas, Lude, y yo. Por lo que consigo recordar, acabamos en un garito de Pico, y al poco de llegar nos encontramos charlando con unas chicas que llevaban sombreros de vaquero negros, supuestamente perdidas en su propia modalidad de euforia cerebral ——gracias, éxtasis de hierbas—— y animándonos a que les suministráramos un poco de éxtasis verbal, que al final resultó que las hizo largarse del local entre risitas.

Me he olvidado de qué es lo que hicimos exactamente para provocar que se fueran. Creo que Lude se puso a arreglarle las puntas a una de ellas, sacando esas tijeras que siempre tiene a mano, igual que supongo que los pistoleros de antaño siempre tenían sus Colt a mano; y ahí estaba él, recortando rizos y flequillos, y haciéndolo de puta madre, aunque claro, es un profesional, y encima a oscuras, claro, en el taburete de un bar, rodeado de docenas de desconocidos, con un clic-clic de dedos y de acero, provocando una lluvia de pelitos sobre el tumulto circundante, y las chicas todas nerviosas hasta que se dieron cuenta de que el tío era la polla, y de pronto las teníamos a todas encima, chillando "ahora yo" y "házmelo a mí", una frase que suscita bromas demasiado fáciles, de manera que Lude y yo lo dejamos y nos pusimos a hablar de otra cosa, nada menos que a contar una aventura loquísima que supuestamente yo había protagonizado cuando estuve peleando con los Boxeadores del Foso. Que sepáis que era la primera vez que oía aquel término, y Lude también. Él se lo acababa de inventar y yo le estaba siguiendo la corriente.

——Venga, hombre, estas chicas no quieren oír esa historia ——dije yo con toda la reticencia que podía fingir de forma razonable.

——No, colega, te equivocas ——insistió Lude——. Tienes que contarla.

——Bueno, vale ——dije yo, y me puse a rememorar para todos los presentes cómo a los diecinueve años, momento de gran soledad en la vida de uno, me había bajado de una barcaza en Galveston.

02 Navidson pags 8-18_10p.indd 6 24/09/13 17:48

“En realidad me escapé ——improvisé——. Pasaba que todavía le debía al chiflado de mi capitán ruso mil dólares de una apuesta que había perdido con él en Singapur. Él quería matarme, de manera que tuve que escapar y prácticamente no paré hasta llegar a Houston.

——No te olvides de contar lo de los pájaros ——me dijo Lude con un guiño. Simplemente se estaba mofando de mí, que era algo que le encantaba, hacérmelas pasar canutas.

——Claro ——balbuceé yo, intentado encajar aquel detalle——. Aquella barcaza en la que yo había estado iba cargada de kilos y más kilos de hachís y también de una cantidad increíble de aves exóticas, todas ellas, por supuesto, mercancías ilegales, pero ¿qué sabía yo? Tampoco me afectaba a mí exactamente. Y además, yo ya estaba poniendo tierra de por medio. De manera que llegué a Houston y lo primero que me pasó es que se me plantó delante un papanatas que intentó atracarme.

Lude frunció el ceño. Era obvio que no estaba contento con lo que acababa de hacerles a sus pájaros.

Yo no le hice ni caso y seguí.

——El tipo vino directo hacia mí y me dijo que le diera todo mi dinero. Yo no llevaba ni un centavo encima, pero tampoco era probable que aquella rata fuera armada ni nada parecido. De manera que lo tumbé de un puñetazo. Pero no duró mucho en el suelo. Un segundo más tarde se levantó y ¿sabéis qué? Me estaba sonriendo. Y justo entonces apareció a su lado otro tipo, mucho más grande, que también me sonrió y me dio la mano y me felicitó. Resultaba que llevaban todo el día buscando a un luchador de foso, pagaban doscientos dólares por noche y al parecer yo acababa de aprobar el examen. La rata humana era el entrevistador principal. Su socio se refería a él como Saco de Arena.

A aquellas alturas las chicas ya estaban pegadas a nosotros y bebiendo copa tras copa y en general atrapadas por el ritmo de la historia. Yo me puse a contarles con todo lujo de detalles mi primera noche y a describir el ring con el suelo de tierra rodeado de hordas enteras de gente dispuesta a apostar un puñado de dólares y a mirar cómo un puñado de tipos repartíamos leña: la recibíamos y se la repartíamos a los demás. En aquella clase de peleas no se permitían guantes. Por puro milagro salí vivo de aquélla. De hecho, gané las dos primeras peleas. Me llevé un par de hematomas y un corte en la mejilla, pero salí de allí con doscientos pavos y Saco de Arena me invitó a costillas y cerveza, y hasta me dejó dormir en su sofá. No estuvo nada mal. De manera que seguí haciéndolo. De hecho, me pasé un mes haciéndolo dos veces por semana.

——Fijaos en la cicatriz que tiene en la ceja… ——señaló Lude, dedicando a las chicas uno de esos asentimientos de astucia completamente exagerados.

——¿También fue así como te rompiste el diente? ——me soltó una chica que llevaba un rubí sujeto con un alfiler al sombrero de vaquero, aunque me di cuenta de que nada más decirlo se arrepintió de haber mencionado mi incisivo partido.

——Estoy llegando a eso ——le dije con una sonrisa.

¿Por qué no incluir el diente por el mismo precio?, pensé yo.

Al cabo de tres o cuatro semanas, continué, ya tenía dinero suficiente para pagar mi deuda al capitán y hasta quedarme un poco para mí. Además, estaba un poco cansado de todo aquello. Las peleas eran bastante chungas.

——Y por cierto, nunca perdí ninguna ——añadí. Lude soltó un soplido de burla——. Pero lo peor con diferencia era tener que ir con cuidado todo el tiempo que pasaba en compañía de Saco de Arena y su socio. Además, resultó que el sitio donde me alojaba era una casa de putas, llena de unas chicas tristísimas, que entre sus episodios de inconsciencia hablaban de las cosas más simples y banales. Yo prefería la vida en la barcaza, a pesar del capitán y de sus arranques de humor asesino.

“Pero bueno, en mi última noche, el papanatas se me lleva aparte y me sugiere que apueste mi pasta por mí mismo. Yo le digo que no quiero porque podría perder. ‘Niñato gilipollas’, me escupe él, ‘pero si has ganado todas las peleas que llevas’.’Sí’, le digo yo, ‘¿y qué?’. ‘Pues a ver si te

02 Navidson pags 8-18_10p.indd 7 24/09/13 17:48

enteras, no es porque pelees bien. Estaban todas amañadas. Yo me dedico a encontrar patanes y a pagarles cincuenta pavos para que se dejen tumbar. Y ganamos un pastón con las apuestas. Ganaste la semana pasada, ganaste la anterior y vas a ganar esta noche. Solamente intento echarte una mano.'

"Y claro, como yo era un niñato tonto aposté todo el dinero que tenía y salí al ring. ¿Y quién creéis que había allí esperándome?

Ofrecí a todos los presentes la oportunidad de darme respuesta mientras yo vaciaba mi vaso de cerveza, pero nadie tenía ni idea de con quién estaba a punto de pelear. Hasta Lude iba un paso por detrás. Aunque claro, eso depende de cómo lo mire uno: al mismo tiempo le estaba sobando el culo a una chica que tenía una turmalina en el sombrero de vaquero mientras ella, a su vez, o eso me pareció a mí, le acariciaba el muslo.

——Pues en medio de todos aquellos pringados de Houston, todos gritando sus apuestas, berreando cantidades y relamiéndose en espera de la sangre, estaba Saco de Arena, con los puños envueltos en cinta aislante y ni un asomo de sonrisa ni de familiaridad en la mirada. Joder, os lo juro, ese tío resultó ser un hijo de la gran puta, un cabronazo cruel y sin ápice de remordimiento. En el primer round me tumbó dos veces. En el segundo casi no me levanté.

"Él y su socio se habían pasado el mes entero haciendo subir mi cotización para que cuando Saco de Arena, que ahora tenía las apuestas en su contra, me masacrara, ellos se marcharan con una pequeña fortuna. O se escaparan. Yo, en cambio, un niñato idiota de diecinueve años que había acabado por casualidad en Galveston después de pasar tres meses en alta mar, iba a perder mi dinero y terminar en un hospital. O algo peor. Como las peleas sólo duraban tres rounds, solamente me quedaba uno para hacer algo. Su socio me tiró un cubo de agua con hielo en toda la cara y me ordenó que volviera a subir y terminara de una vez.

"Mientras me ponía de pie dando tumbos, negué con la cabeza y, hablando en voz lo bastante alta como para que él me oyera, pero no lo suficiente como para que creyera que le estaba vendiendo algo, dije que aquello era una putada porque yo había estado planeando usar mi dinero para comprar una remesa de algo que se podía vender por lo menos al mil por ciento en las calles.

"Y en fin, en el siguiente round, que fue el último, Saco de Arena me rompió el diente. Yo había perdido. De entrada los dos habían planeado deshacerse de mí, pero mi pequeña táctica funcionó. Después de lo que el socio me había oído decir, que estoy seguro de que le había contado a Saco de Arena a la primera oportunidad, me llevaron con ellos, me hicieron beber unos whiskys en su camioneta y se pusieron a interrogarme sobre el rollo aquel que yo había farfullado, intentando averiguar qué podía venderse al mil por cien.

"Ahora estaba jodido de verdad, cagado de miedo de que me pudieran hacer algo chunguísimo si se enteraban de que les había tomado el pelo. Aun así, si me hubiera quedado en Houston lo más seguro es que me hubieran linchado los apostadores, que a aquellas alturas ya se habrían dado cuenta de que algo olía mal y de que solamente podía querer decir una cosa (todas las explicaciones a la tumba): que los culpables éramos Saco de Arena, su socio y yo. No me quedaba más remedio que pensar deprisa, y además seguía queriendo que me devolvieran mi dinero, así que…

Para entonces, hasta Lude estaba enganchado. Todos lo estaban. Las chicas estaban absortas y sonrientes y no paraban de acercarse más y más, como si tal vez tocándome pudieran averiguar a ciencia cierta si estaba diciendo la verdad. Lude sabía que todo era una trola enorme, pero no tenía ni idea de adónde quería ir yo a parar. Sinceramente, yo tampoco. De manera que puse toda la carne en el asador.

——Les di indicaciones para llegar a la barcaza. Todavía no se me había ocurrido qué íbamos a hacer cuando llegáramos, pero sabía que la embarcación se iba a marchar aprovechando la marea de primera hora de la mañana, de manera que teníamos que darnos prisa. Por suerte llegamos a tiempo y yo me fui directamente a ver al capitán, que en cuanto me vio me

02 Navidson pags 8-18_10p.indd 8 24/09/13 17:48

agarró del cuello. Mal que bien entre jadeos, conseguí hablarle de Saco de Arena y su socio y de todo el dinero que tenían: un dinero que incluía el mío, que era esencialmente del capitán. Con eso conseguí que el hijo de puta me prestara atención. Al cabo de unos minutos, se fue tranquilamente hacia la pareja, les sirvió dos vodkas en sendos tazones de café y con su acento incomprensible se puso a soltarles un rollo sobre el valor de la mierda pura de Nueva Guinea.

"Saco de Arena no tenía ni idea de qué estaba hablando aquel idiota, ni de hecho yo tampoco, pero al cabo de una hora y de dos botellas de vodka, llegó a la conclusión de que el capitán debía de estar hablando de droga. Al fin y al cabo, el capitán no paraba de mencionar la euforia, a los exploradores españoles y el paraíso, por mucho que se negara a mostrarle a Saco de Arena ni un ápice de nada tangible, refiriéndose con vaguedad a funcionarios de aduanas y a la amenaza constante de la confiscación y la cárcel.

"Y ahora viene el factor decisivo. Mientras el tipo iba farfullando, se acercó una furgoneta y de ella salió otro tipo al que nadie había visto nunca y al que nadie iba a volver a ver, le dio mil dólares al capitán, sacó una caja, arrancó otra vez y se marchó. Así, sin más, y ya os digo si funcionó la cosa. Sin siquiera examinar lo que estaba comprando, Saco de Arena aflojó cinco de los grandes. El capitán, fiel a su palabra, le cargó de inmediato cinco cajas en la parte de atrás de la camioneta.

"Estoy seguro de que el papanatas las habría abierto en aquel mismo momento para examinarlas, lo que pasó es que de pronto todos empezamos a oír a lo lejos sirenas de la policía o de la patrulla portuaria o de lo que coño fuera. No venían a por nosotros, pero Saco de Arena y su socio se acojonaron igual y se piraron tan deprisa como pudieron.

"Para cuando llegamos a alta mar, el capitán seguía riéndose. Yo, en cambio, no. El cabrón no iba a darme ni un centavo de mi dinero. Tal como él lo veía, y el tío me lo explicó con aquel acento suyo incomprensible, yo le debía la vida, por no mencionar el hecho de cargar conmigo hasta Florida, que es adonde por fin terminé yendo, y donde casi la palmé en un sitio de aguas frías llamado la Oreja del Diablo, aunque eso ya es otra historia.

"Aun así, la cosa no terminó tan mal, sobre todo cuando pienso en Saco de Arena y su socio. O sea, me pregunto qué hicieron y qué dijeron cuando por fin abrieron todas aquellas cajas y se las encontraron llenas de putos pájaros. Más de cincuenta aves del paraíso.

"Al cabo de unos meses leí en alguna parte que la policía de Houston había trincado a un par de conocidos criminales reincidentes que estaban intentando descargar un montón de pájaros exóticos en un zoo.

Y fue más o menos así como terminó aquella historia, o por lo menos la historia que yo conté anoche.

Por desgracia, con las chicas al final no pasó nada. Se limitaron a largarse del local entre risitas. No nos dejaron ni números de teléfono ni citas ni siquiera sus nombres, lo cual me dejó mudo y triste, un poco como un termo roto: bien por fuera pero por dentro lleno de cristales rotos. Y no tengo ni idea de por qué estoy largando todo este rollo. Ni siquiera he visto un ave del paraíso en mi vida. Y está más claro que el agua que jamás he boxeado ni he ido en barcaza. De hecho, ahora que rememoro esta historia, de repente me siento un poco intranquilo. Me refiero a lo falsa que es. Me parece impropia de mí. Es como si hubiera algo más, algo detrás de todo eso, una historia mayor que sigue acechando en la penumbra y que por alguna razón no consigo ver.

En todo caso, no tenía intención de desbarrar de esta manera. Os estaba contando lo de la ducha. De eso quería hablar yo. Tal como probablemente sepáis, ver que no hay agua caliente es un descubrimiento particularmente desagradable, sobre todo porque no es algo que se note de inmediato. Tienes que dejar que corra el agua un rato y, aunque siga helada, una parte de ti sigue negándose a creer que no vaya a cambiar, sobre

02 Navidson pags 8-18_10p.indd 9 24/09/13 17:48

Lo que revelan estos dos momentos es cuánto se necesitan mutuamente Will y Karen y lo difícil que les resulta sin embargo gestionar y comunicar esos sentimientos.

Por desgracia, los críticos de la pareja no se han mostrado precisamente amables. Después de que se publicara *El expediente Navidson*, ni la reputación de Karen ni la de Navidson salieron indemnes. Karen en particular sufrió un aluvión de acusaciones injuriosas procedentes de la prensa sensacionalista, de críticos reputados y hasta de una hermana con la que estaba peleada. Leslie Buckman pone el listón bastante alto cuando llama a Karen Green "una hija de puta calculadora, así de simple. Una modelo de alta costura, con la inteligencia de un radiador, que creció convencida de que la vida giraba en torno a los dueños de discotecas, la cocaína y los límites de las tarjetas de crédito. Verla farfullar sobre su peso, sus hijos o lo mucho que necesita a Navidson me da ganas de vomitar. ¿Cómo puede decir que ama a un hombre cuando es incapaz de nada que se parezca remotamente al compromiso? ¿He dicho ya que era una hija de puta calculadora? Pues también es una zorra".[19]

Buckman no está sola en su opinión. Dale Corrdigan también ha señalado que Karen es cualquier cosa menos una encantadora ama de casa. "Karen jamás ha renunciado al comportamiento promiscuo que marcó su vida cuando tenía veinte años. Simplemente se ha vuelto más discreta."[20]

Vistas con la distancia que ofrece el tiempo, las rabiosas especulaciones sobre las infidelidades de Karen parecen movidas por una cultura principalmente sexista, sobre todo porque jamás se presta demasiada atención al papel que desempeña Navidson en su relación. Tal como exclamó una vez David Liddel: "Si tiene cuernos, ¿quién

---

todo si esperas un poco más o abres un poco más el grifo. De manera que sigues esperando, pero no importa cuántos minutos pasen, sigues sin ver vapor y sigues sin notar calor.

Tal vez una ducha fría me habría sentado bien. La idea me pasó por la cabeza, pero yo ya estaba demasiado helado como para intentar darme una, por breve que fuera. De hecho, no sé por qué tenía tanto frío. En mi casa se estaba bastante caliente. Y fuera, todavía más. Ni siquiera mi chaquetón de pana me sirvió de nada.

Más tarde vi a unos operarios detrás del edificio trabajando en el calentador del agua. Uno de ellos, sonándose con un pañuelo sucio, cubierto de tatuajes y con uno de Manson crucificado en la espalda, me dijo que para la tarde-noche ya estaría arreglado. Pero no lo está.

Ahora seguro que os estaréis preguntando una cosa: ¿es simple coincidencia que este problema mío con el agua fría aparezca precisamente en este capítulo?

Pues no. Zampanò solamente escribió "calentador". Las palabras "de agua" de su texto las he añadido yo.

Menuda admisión, ¿no?

Eh, no es justo, exclamáis vosotros.

Eh, eh, a la mierda, digo yo.

Joder, se me está yendo la cabeza. Está claro que me han tocado una fibra sensible, pero ni sé quién ni cómo ni por qué. Está claro que no me trago que todo venga de una mierda de historia inventada ni de un estúpido calentador (de agua).

No puedo rastrear la emoción.

Ojalá algo de todo esto fuera verdad. O sea, menuda suerte sería terminar haciendo de saco de arena y aun así encontrarse las cajas llenas de aves del paraíso.

Con esta caja no va a haber tanta suerte.

Que corra el agua fría.

En algún momento se calentará.

¿Verdad?

[19] "Lie Lexicon and Feminine Wiles", de Leslie Buckman, publicado en *All In The Name Of Feminism: A Collection of Essays*, editado por Nadine Muestopher (Shtrön Press, Cambridge, Massachusetts, 1995), p. 344.
[20] Dale Corrdigan, "Blurbs", en *Glamour*, v. 94, abril de 1996, p. 256.

02 Navidson pags 8-18_10p.indd 10 24/09/13 17:48

puede asegurar que no tenga pezuñas?".[21] Por suerte, en contraste con el tratamiento sesgado que ofrecen los medios de comunicación, Navidson no se corta a la hora de incluir en su película constantes pruebas de sus propios defectos. De hecho, últimamente son muchos los que han cuestionado la precisión de su autorretrato, señalando que Navidson tal vez vaya demasiado lejos en su intento de mostrarse bajo una luz nada favorecedora.[22]

No solamente Navidson revela a través de Karen, Chad y Daisy que se pasó la década anterior perfeccionando el arte de la lejanía, obligando a su familia a aceptar sin más el hecho de que él se marchara prácticamente de un día para otro para filmar barcos de pesca en Alaska, y luego que el viaje de tres días evolucionara gradualmente hasta durar semanas enteras e incluso meses; también, por medio de la película, admite llevar siempre consigo un cargamento de obsesiones alienantes e intensamente privadas.

Resulta, sin embargo, que la primera pista sobre estos desvelos oscuros no la da él, sino Karen. Las primeras entradas del diario en Hi 8 de Navidson son tan despreocupadas y leves que casi nunca aluden a problemas más profundos. Solamente Karen, mirando fijamente la pequeña lente, saca a colación el problema:

—Ha vuelto a mencionar a Delial —dice en tono extremadamente seco—. Le he avisado de que si no piensa decirme quién es, más le conviene no sacarla a colación. Se suponía que una parte del sentido que tenía mudarnos al Sur era dejar atrás el pasado y todo eso. De momento lo lleva bien, pero supongo que no puede controlar sus sueños. Anoche yo estaba desvelada. Tenía frío. Estamos a mediados de mayo, pero tenía la sensación de estar acostada dentro de un congelador. Me levanté para coger una manta y cuando volví él estaba hablando en sueños: "Delial". Así, sin más. Sin contexto. Y estoy segura porque dijo su nombre dos veces. Prácticamente lo gritó.

Resulta que Karen no era la única a la que Navidson no estaba dando explicaciones sobre Delial. Ninguno de sus amigos y compañeros fotoperiodistas que habían oído a Navidson mencionar el nombre recibieron nunca ninguna clase de explicación. Nadie tenía ni idea de quién era ni de por qué rondaba sus pensamientos y sus conversaciones como si fuera un albatros.[23]

Dicho esto, aunque está claro que la secuencia inicial apunta a una serie de tensiones subyacentes en la familia Navidson/Green, puestas de relieve en este capítulo, resulta crucial no perder de vista la sensación predominante de éxtasis que todavía se evoca en esos minutos iniciales. Al cabo de un par de noches, a Chad ya no le cuesta dormir. Al cabo de un par de días, a Daisy se le cura el corte del dedo. El calentador se repara con facilidad. El matrimonio incluso disfruta de un momento de intimidad en el que sus manos pueden entrelazarse y desentrelazarse juguetonamente y Will rodea a Karen con el brazo mientras ella, soltando un suspiro conmovedor, apoya la cabeza en el hombro de él.

De hecho, en los tiempos que corren no es nada común contemplar un optimismo tan radiante, ya no digamos encontrar una película donde cada fotograma esté tan repleto de promesas y de esperanza. Está claro que a Navidson le encantan esas impresiones bucólicas, casi idílicas, de un mundo nuevo. Por supuesto, no hay que olvidar el papel que desempeña la nostalgia a la hora de dar forma al montaje final, sobre todo teniendo en cuenta que un año más tarde esas secuencias serán lo único que

[21] "A Horny Duo", de David Liddel, en *Utne Reader*, julio/agosto de 1993, p. 78.

[22] "The Vanity of Self-Loathing", de Ascension Gerson, incluido en *Collected Essays on Self-Portraiture*, edición de Haldor Nervene (University of Hawaii Press, Honolulu, 1995), p. 58.

[23] Desde la revelación ha proliferado el material publicado sobre el tema. El capítulo XIX trata exclusivamente de este asunto. Ver también: "What's in a Name?", de Chris Ho, en *Afterimage*, v. 31, diciembre de 1993; *Delial*, de Dennis Stake (Bedeutungswandel Press, Indianápolis, 1995); *Delial, Beatrice and Dulcinea*, de Jennifer Caps (Thumos Inc., Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1996); "Tis but a Name", de Lester Breman, en *Ebony*, n.º 6, mayo de 1994, p. 76; y *Ancient Devotions*, de Tab Fulrest (University of California Press, Berkeley, 1995).

02 Navidson pags 8-18_10p.indd 11 24/09/13 17:48

le quede a Navidson: Karen y los niños ya no serán más que una mancha borrosa que baja por la escalera a toda velocidad, el puntillismo de las pisadas de las pezuñas de sus animales domésticos sobre el césped cubierto de rocío, o la casa en sí misma, una reverberación indefinida, que se eleva en silencio en la esquina de Succoth con Ash Tree Lane, bañada por la luz vespertina.

02 Navidson pags 8-18_10p.indd 12 24/09/13 17:48